

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA

MORAL Y RELIGIOSA,

CON LA

aprobación eclesiástica,
y bajo la dirección

E. Lozano de Vilchez

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.

Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO
ES EL

DE UN REAL AL MES,

EL MÁS BARATO

que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses adelantados para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de letras del Giro mútuo, ó tarjetas de las establecidas para pajes de periódicos, y que se expendan de hoy en adelante en los mismos puntos que los sellos de franqueo, prefiriendo siempre las del Giro mútuo, en el punto donde las haya.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

14 de Agosto de 1878.

DIRECTORA, D.^a ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Número 14.

SUMARIO.

La ciencia más cierta.—Á Granada, poesía.—El vestido.—Las alas del alma, poesía.—Sección doctrinal, La senda del cielo.

LA CIENCIA MÁS CIERTA.

POR MDA. MATILDE BOURDON.

V.
DIAS FELICES.

El Señor es el que hace descansar y dormir en paz á los que él ama.

(Salmos.)

Después de la muerte de su padre, Manuel continuó explotando la quinta que había cultivado aquel, y partió amigablemente con Esteban las pocas fanegas de tierra que poseía Merry en

propiedad. Contento con su suerte, en paz con su conciencia que no le reprochaba ninguna mala acción, el joven labrador vivía tranquilo, consagrado totalmente á su laboriosa profesión, y procurando hacer en torno suyo todo el bien que estaba en su mano. Exento de envidia, y no a brigando en su corazón vanos deseos, amaba la posición en que el cielo le había colocado; y sabiendo cuán útil es al Estado un labrador bueno, diligente, activo y entendido, y por consiguiente, cuán honrosa es á los ojos de la gente de bien la profesión agrícola, hallaba todas sus delicias en las faenas del campo, por penosas que fuesen. Por otra parte, desde la infancia Manuel se había propuesto un grande objeto, la salud de su alma, y alimentaba una generosa ambición, la de conquistarse un lugar en el reino de los cielos; y sabía muy bien que para alcanzar aquel

su objeto y ver satisfecha esa su ambicion, no necesitaba ser grande y rico segun el juicio de los hombres, sino honrado y devoto segun el de Dios.

«El Señor, decíase con frecuencia, se ha escogido santos en todos los estados; ningun orden está excluido de la patria celestial. Si los reyes ven brillar en ella á un san Luis, á un san Fernando, á un san Enrique, á un san Eduardo; los artesanos, los labradores tienen á san José, modelo de una vida laboriosa y oscura; á san Isidro, modelo de sencillez y obediencia; á santa Genoveva, humilde pastora; á san Guido, pobre aldeano del Brabante, y á tantos otros grandes siervos de Dios que ejercieron acá en la tierra las mas oscuras y laboriosas funciones. Ellos vivian como nosotros, añadía Manuel; como yo guiaban el arado, hacian sus compras y ventas, cerraban sus contratos; su vida no tuvo nada de extraordinario, y sin embargo, héles ahí elevados á la gloria; porque Dios, dice el Salmista, *levanta al humilde del polvo y al pobre del estiércol, para hacerle sentar con los principes de su pueblo*. ¿Por qué se salvaron ellos donde tantos otros se pierden? porque amaron á Dios y á los hombres y guardaron los santos mandamientos.»

Lleno de estos pensamientos, Manuel ofrecía á su Dios, á su Señor, como se complacia en llamarle, los trabajos y penas de su profesion, y sabiendo que el Señor tenia siempre fijos en él sus ojos, aquellos ojos bondadosos y paternales, estaba lleno de una invencible confianza. Su mujer y sus amigos notaban siempre en él un aire de inalterable calma y serenidad; la inquietud, la zozobra parecia extraña á su naturaleza. Si sobrevenian malas cosechas, si continuas lluvias ó largas sequías parecían amenazar las mieses, los campesinos alarmados hablaban de ello reunidos por la noche en las puertas de sus casas, y alguna vez al ver caer á torrentes el agua del cielo, ó al contemplar como un sol de fuego se ponía en medio de sus esplendores, anunciando para el dia siguiente una gloriosa vuelta, murmuraban contra estos fenómenos de la naturaleza, y en sus quejas y murmuraciones decían blasfemias. Entonces Manuel se atrevia á reprenderles con un tono de dulce autoridad, porque sabido es cuánto aborrecia ese vicio asqueroso y horrible que parece querer habérselas con el mismo Dios.

—«Pero echa una mirada á tus campos, díjole un dia un amigo á quien acababa de dirigir una amistosa reconvencion; ¡diríase que solo nosotros somos los anegados, los únicos arruinados

por este año! Ahora mismo vengo de tus trigos y te juro que presentan bien triste aspecto.

—¡Hágase la voluntad de Dios! dijo Manuel. Yo me pongo en sus manos; Él sabe bien lo que me conviene. ¿Ves, Alejo? tengo un buen tesoro que no permite que me falte nada, y por esto no me inquieto por nada.

—¡Dichoso tú! No todos pueden decir otro tanto. ¡Dichoso tú y mil veces dichoso, repito!

—Verdaderamente; desde el momento que encomendé todos mis asuntos á este fiel mayordomo, duermo en paz, porque él conoce lo que necesito.

—¿Y se puede saber quién es el gran Señor que se interesa tanto por tí?

—En tu mano está tenerle tambien de tu parte; porque este gran Señor, como le llamas con razon, es Dios, padre tuyo y mio. Si haces oracion, como me complazco en creer, tú le dices mañana y tarde: *El pan nuestro de cada dia danosle hoy*; y tú sabes que esta oracion nos la enseñó el mismo Jesucristo... ¿Te figuras, pues, que sea vana esa peticion y que él no tiene deseos de atenderla? Escrito está en el Evangelio que Dios tiene cuidado de las briznas de yerba y de las florecillas que brotan en el campo; que conoce el número de pájaros que viven en el bosque, y que ni uno solo de ellos muere sin su permiso. ¿Nos habia, pues, de amar menos á nosotros que tambien somos criaturas suyas, á nosotros para quienes crió los campos, los animales y el mundo entero? Somos hijos suyos, ¿y nos dejaria morir de hambre? Confiamos en él ¿y burlaria nuestra confianza? Persuadido como lo estoy del amor, de la bondad y del poder de mi Dios, me abandono á su providencia en todas mis necesidades y las de mi familia. Trabajo por obedecerle, porque no quiere que el hombre viva en una innoble ociosidad; pero cuando he arado, cavado, escardado y sembrado mis tierras, cuando les he dado todas las labores que piden, las muestro á mi buen Dios, muéstrole tambien á mi esposa y á mis dos tiernos hijos; dígo-le que he de pagar arrendamiento y contribuciones; luego me pongo en reposo, y hasta ahora, Alejo, no me ha faltado pan: siempre en los momentos mas críticos la divina Providencia ha venido en mi auxilio; ¡siempre! ¿lo oyes? siempre mi confianza ha sido recompensada con creces.

—¡Eres muy feliz! repitió Alejo meneando la cabeza; verdad es que eres querido de todos los de esta tierra; en todo tiempo hallarías auxilio y proteccion.

—¿Y á quien lo debo? Por cierto que no á mi mérito personal, sino al Padre celestial, que es quien inspira tanta buena voluntad para conmigo en el corazón de esas buenas gentes. Otra vez te lo digo: en sus manos y en las de la santísima Virgen he puesto todas mis cosas, y ellos me darán á lo menos lo necesario. Tengo la palabra de Dios por prenda, y en ella confío.»

Alejo se fué, medio riendo, medio murmurando; pero desde aquel día se le vió asistir con asiduidad á la iglesia; bien pronto observó el domingo, nunca mas salió de su boca un juramento, y se dice que desde entonces estuvo siempre contento.

No obstante, no siempre Manuel alcanzaba unos resultados tan brillantes y hermosos. No todas las almas son dóciles; no todos se prestan á seguir el impulso de la gracia; y con frecuencia acontecía que llovían las pullas y las chanzonetas sobre el buen labrador, cuando en los días de feria y en los de mercado se le veía observar estrictamente el precepto de la abstinencia, ó cuando se veía que ni trabajo ni diversiones podían hacer que violase el descanso ú olvidase la santificación del domingo; ó cuando se veía que ninguna cosa de la tierra era capaz de desviarle de la sencilla, pero severa línea de conducta, que se había trazado. Pero al lado de los burlones se hallaban las personas ilustradas y virtuosas que honraban la integridad, probidad, reserva, modestia, dulzura y sencillez de costumbres que brillaban en Manuel. Algunas veces le alababan en su presencia; mas él, que con tanta paciencia sufría las injurias y las burlas, se avergonzaba y parecía muy contrariado cuando veía ensalzadas sus costumbres, y respondía brevemente:

—«¿De qué me alabais? no he hecho mas que cumplir los Mandamientos.»

(Continuara.)

M. MATILDE BOURDON.

À GRANADA.

ODA.

DEDICADA AL EMINENTE JURISCONSULTO

DON FABIO DE LA RADA Y DELGADO.

Sobre las ruinas de la patria mia
Se levanta una reina destronada.
La blanca aurora su fulgor la envía
Y llena de alegría
Sus claros horizontes... Es Granada.

Aquí entre puras y lozanas flores
Canta el poeta su mayor ventura,
Y en dorados ensueños de colores
Y en cándidos amores
Se eleva audaz á la celeste altura.

De otras siglos de indómita fiera
Los ecos restan de morisca zambra;
Recuerdos tristes de oriental grandeza
Y pálida belleza
Que conserva en las torres de su Alhambra.

Sus cármes y verdes olivares
Trasunto son de eterno paraíso,
Donde Dios con sus dones á millares,
En mágicos cantares
Un eden no soñado formar quiso.

La vírgen primavera con sus galas
La adorna bella de fragantes flores,
Y ángeles puros de brillantes alas,
En místicas escalas,
La ofrecen su cantar y sus amores.

Que el claro río, el perfumado viento
Y el triste ruisenior con su armonía,
Forman acordes el sonoro acento,
Que da vida y aliento
A los hogares de la patria mia.

Todo renace en su feraz llanura
Con el brillante sol de su horizonte,
Y desde el ancho campo en que fulgura,
Le prestan su hermosura
El fuerte muro y el ciclópeo monte.

De tí, noble ciudad, se levantaron
Héroes que á Europa le impusieron leyes
Y al mundo con su nombre subyugaron;
Que en tu seno brotaron
Sabios ilustres, poderosos reyes.

Sultana un día de la estirpe mora;
 Baluarte postrer del islamismo;
 Cuando sonó por fin su última hora,
 Brilló consoladora
 En tu suelo la luz del cristianismo.

Que fijando en tus altos torreones
 La cruz invicta, lábaro de gloria,
 Orgullo diste á pueblos y naciones;
 Pues siempre en tus pendones
 Brilló constante el sol de la victoria.

Tu de Isabel al poderoso aliento
 Viste brotar el esplendente rayo
 Que tras los siglos de rencor sangriento
 Coronó el pensamiento
 Que en Covadonga concibió Pelayo.

Y no puede amenguar tu alto renombre
 Ni tu puro esplendor grande y profundo,
 El triste olvido en que te tiene el hombre;
 Que al recordar tu nombre
 También recuerda que te debe un mundo.

Ruega humilde al augusto Sacramento
 En quien cifran tus hijos su esperanza,
 Que ilumine su patrio sentimiento
 Y con férvido aliento
 Mil himnos alzarán en su alabanza.

Y recobrando la esplendente gloria
 De otras edades de inmortal grandeza,
 Recuerde el hombre tu brillante historia
 Y grabe en su memoria,
 Tus altos hechos, tu oriental belleza,

Así conserve tu preclaro nombre,
 Grande en la fe y en el amor fecundo,
 El que te diera tu inmortal renombre,
 Para que al mundo asombre
 Al resonar por el extenso mundo.

CUSTODIO DE ALCALÁ Y REBOLLO.

(20 Junio 1878.)

EL VESTIDO.

Establecióse en una populosa ciudad de Andalucía un caballero que había estado muchos años en América y traía de ella muchos tesoros, como decía la voz pública en su manera ponderativa. Pero era cierto que uno que traía superior á los de oro y plata que se le suponían, y era una mujer buena, honrada, modesta y caritativa, bien hallada entre las pacíficas y alegres cuatro paredes de su casa, feliz y contenta en su tranquilidad interior.

En breve echó de ver el marido el desenfrenado lujo que ostentaban en su vestir las señoras de su nueva residencia, con el que contrastaba la modesta sencillez que en el suyo gastaba su mujer.

Y así fué que le dijo un día en que juntos iban á salir:

—Luisa, preciso es que te compres un vestido como el que veo gastar á otras señoras.

—Felipe, contestó su mujer, esos vestidos que ves en otras cuestan cuatro mil reales; el año que viene no se gastarán ya, y son cuatro mil reales tirados, lo que es un despilfarro, y hasta una impropiedad en quien no tiene ni la posición ni el caudal de unos Principes.

—Siendo más pudiente que otras que los llevan, deseo que no seas tú menos, lo que nos expondría á la crítica ó á la burla,—respondió el marido.

Luisa se sonrió y calló; pero en lo que menos pensó fué en comprarse el vestido.

Cada vez que juntos salían le preguntaba don Felipe:

—Luisa, ¿no te has comprado todavía el vestido?

Y ella, con el fin de no contrariarlo, buscaba disculpas por no haberlo hecho.

—Luisa, observaba entonces su marido, se sabe que tengo posibles, y como nadie podrá creer que, si una señora no lleva cual le corresponde un traje rico, sea por *motu proprio*, creerán que es mi avaricia y no tu voluntad la causa de que no lo tengas.

Un día que les acompañaba á la mesa un amigo íntimo de D. Felipe, le refirió éste muy sentido lo que llamaba la manía de su mujer de no querer comprarse el vestido; y levantándose trajo cuatro mil reales en oro que entregó á Luisa con la expresa condicion de que habían de ser invertidos en la compra de aquel.

Salieron en seguida los amigos á pasear, y

Luisa entró en su gabinete y se sentó sobre una silla baja en su cierro de cristales á hacer labor.

Aguardábala allí una de las muchas personas necesitadas que esta señora socorria con sus dones y consolaba, escuchando con el mayor interés la relacion de sus males y de sus desgracias.

La persona que la aguardaba conservaba un aspecto decente en medio de la más completa miseria, gracias á Luisa que la habia provisto de las piezas de vestir necesarias para ello.

El marido de esta desgraciada habia ejercido toda su vida un empleo subalterno; pero hacia algun tiempo que sin causa ni pretexto habia sido privado de su cargo para favorecer á otro con él.

Anciano ya, sin conocimientos, fuerzas, ni proporcion de buscar otro modo de mantener á su familia, la angustia, el desconsuelo y la irritacion que se apoderaron de su ánimo lo postraron en cama. En breve fué vendido su modesto ajuar y cuanto poseian para atender al sustento de la familia y á la asistencia del enfermo. Entonces su hijo, jóven á quien habia dado su padre una buena educacion y que por entonces estudiaba en la Universidad, lo abandonó todo para trabajar y mantener á sus padres; pero como ningun oficio habia aprendido, no le quedó mas recurso que entrar en una obra de peon de albañil. Empero, cinco reales que ganaba á tan inusitadas y duras penas que iban minando su salud, como no acostumbrado desde niño á tan rudo trabajo, lo que ganaba, decimos, no con el sudor de su frente, sino agotando las fuentes de su vida, no alcanzaba al doble objeto de sustentar á su familia y costear los gastos de la enfermedad de su padre!

¡Cuán palpables son las disposiciones del cielo en las grandes crisis de la vida!

¿Quién no ha visto claramente al dedo de Dios señalar á la caridad el lugar y ocasion en que debe ejercer su santa mision?

Y así lo hizo ahora, porque una noche oyó Luisa el dulce, triste y argentino son de la campanilla que anuncia á los fieles que viene Dios á la casa del hijo que, no pudiendo ir á la suya, implora su presencia. Luisa iluminó su balcon, y se arrodilló adorando al Dios que da consuelo y fortaleza en esta vida pasajera y la bienaventuranza en la eterna.

El santo Viático entró en un pobre corral cercano á su casa, y cuando de allí salió, despues de dejar el socorro del alma, entró el de la vida que en persona fué á llevarle Luisa.

Desde entonces venia diariamente la mujer del enfermo á recibir caldo y otros auxilios de aquella casa, como lo hacian otros menesterosos; y por eso no habia querido Luisa tomar del dinero que le entregaba su marido para los gastos, la crecida suma de cuatro mil reales; lo que le hubiese impedido atender con holgura á estas obras de caridad que hacia sencillamente sin ruido y sin ostentacion, como riega una suave nube de primavera la sedienta tierra, porque preferia los goces del corazon á los de la vanidad.

—Señora, exclamó Luisa al notar que la pobre mujer lloraba amargamente, ¿qué tiene V.? ¿No se hallaba aliviado el marido de V.?

—Sí, señora, contestó sollozando la interrogada, pero el hijo de mi alma, que no puede con el trabajo que hace, ayer cayó postrado y está echando sangre por la boca!

Hubo un rato de silencio, pues el dolor en la una y la compasion en la otra eran tales que no hallaban palabras que las expresasen.

Despues de un rato prosiguió la madre:

—Tenemos un primo en la Habana que nos ha escrito que en vista de las cualidades, saber é inteligencia de mi hijo, tiene proporcion para colocarlo allí ventajosamente, y dice que se lo enviemos; pero no tiene presente que el que no tiene para comer no tiene para costear un viaje á la Habana! y no obstante opina el médico que un viaje de mar es lo sólo que podria salvar la vida á mi hijo! Si no le hubiesen quitado á mi marido el destino, habria hallado quien con la fianza del sueldo le hubiese adelantado el dinero pero ahora es un imposible. ¡Señora, nos han perdido! Dios se lo perdone.

Luisa tenia los cuatro mil reales en la mano, era tímida, era sumisa á su marido, pero era aún más caritativa. «Salvo la vida de este buen jóven, pensó; quizás haga su suerte y la de toda su familia, todo con privarme de un vestido de lujo... y titubeo!...»

—Tome V., señora, dijo poniendo el oro en la mano de la desconsolada madre: que parta inmediatamente su hijo de V. y que lo haga des-cuidado, pues mientras no escriba su llegada no faltará á Vds. el pan de cada dia.

La explosion de júbilo y de gratitud de la pobre madre pintárasela al que esto lea mejor su imaginacion de lo que palabras pudieran hacerlo.

Ocho dias despues navegaba el enfermo hacia la Habana, vigorizando sus pulmones los aires puros del mar, el descanso sus miembros y la esperanza su espíritu.

Entre tanto la cuestion del traje seguia siendo el sólo; pero perenne altercado del matrimonio de que nos venimos ocupando, y no obstante el marido no era vano; pero el cobarde respeto humano le inducia á persistir en aquella mezquina exigencia, con la que de continuo mortificaba á su excelente mujer.

—¿Y el vestido? preguntaba de cuando en cuando D. Felipe; ¿te lo has comprado?

Esta, que era tímida, no se atrevia á decir á su marido que habia dispuesto del dinero, y trataba salir del paso con evasivas. Unas veces decia que no le gustaban los que de venta se hallaban y que le habian dicho en las tiendas mejor surtidas que estaban aguardando nuevas remesas; otras que no habia salido por causa del frio ó falta de tiempo, y así fueron pasando dias y meses. Ya la paciencia de D. Felipe estaba gastada.

—¿Quiere V. creer, dijo con irritacion á su amigo un dia que estaban sentados á la mesa, que habiendo, como V. recordará, dos meses que dí el importe del vestido á mi mujer con la condicion de que en él lo invirtiese al momento, aún no lo ha hecho? ¿es esto leal? ¿no es esto con su aire gazmoño burlarse de mí?

Luisa, que, como hemos dicho, era tímida, y que oia por primera vez palabras desabridas y duras en boca de su marido, se turbó y afligió, y dijo para calmarlo:

—Está comprado.

—¡Por fin! albricias, repuso satisfecho D. Felipe. ¿Dónde está?

—Lo tiene la modista,—respondió su mujer cada vez mas turbada, como todo aquel á quien falta serenidad para seguir con paso firme la buena senda.

En este momento avisó un criado á media voz á Luisa que estaba allí una de las pobres que favorecia, que pedia hablarle con urgencia. Luisa se levantó.

—¿Dónde vas mujer?—preguntó D. Felipe,—¡á que es una pobre! dile que vuelva á otra hora.

—Es la modista, contestó Luisa.

—Entonces vé, no te detengas y haz traer el vestido, que lo veamos.

No habian pasado cinco minutos cuando entró Luisa apresuradamente. Sus ojos negros brillaban reflejándose en ellos una espléndida alegría, como brilla un puro cristal reflejando los radiantes rayos del sol; sus mejillas estaban encendidas como hogueras de regocijo; sus labios temblaban indecisos entre una gozosa sonrisa y un suave llanto. En la mano traia una carta desdoblada.

—Toma Felipe, toma, exclamó alargándosela á su marido, ¡ahí tienes el vestido!

—Su marido asombrado y sin atinar cual seria el sentido de aquellas palabras tomó la carta y leyó:

«Padres de mi corazon. Se han acabado vuestros sufrimientos y los míos. Dios nos ha hecho felices por mano de uno de aquellos ángeles que el cielo envia á la tierra para consuelo y bien de la humanidad. Gracias á él y al inesperado socorro que nos prestó, que fué tal que debió costarle algun sacrificio, lo que aumenta su valor y mérito, embarqueme y llegue aquí despues de una feliz travesía completamente restablecido. Apenas desembarqué cuando me dieron la colocacion que me tenia preparada mi tío en casa de sus antiguos amos, poderosos comerciantes que lo tiene en mucha estima; á los pocos dias me demostró el señor estar tan satisfecho de mi celo é inteligencia que me aumentó el sueldo, y esta mañana preguntándome si estaba contento y respondiéndome yo que no podia estarlo por la ausencia de mis padres y saber estaban en tan infortunada posicion, me dijo que escribiese á ustedes que se vinieran, en vista de que tiene donde colocar á V., padre. Mando adjunta para que costeen el viaje una letra importe de los dos meses que no he gastado con objeto de enviárselos, habiéndome tenido el tío en su casa, etc.»

Cuando D. Felipe hubo acabado la lectura de la carta, fijó los ojos en su mujer con una mirada que expresaba toda la admiracion, todo el cariño, todo el enternecimiento de que rebosaba su corazon; y sólo pudo decirle:

—Perdona, Luisa.

La suave y modesta criolla le contestó:

—Perdona tú, pues te engañaba.

—Mi culpa es, pues no supe inspirarte confianza, repuso el marido; si me lo hubieras dicho, se habria hecho la buena obra sin que para eso tuvieses que privarte de un buen vestido. Ahora me encargo yo de proporcionártelo, y por cierto que no habrá salido de las fábricas de Lyon otro mejor que el que recibas.

—No, no, Felipe, no; exclamó Luisa: si acaso lo que he hecho es una buena accion y me la recompensaras, no seria yo sino tú el que de ella tendria el mérito y la satisfaccion, y no te lo cedo. Además, el bien que se hace sin que nos cueste un sacrificio ó una privacion pequeña ó grande no deja del todo satisfecho el corazon, ni completamente alegre la conciencia.

FERNAN CABALLERO.



SALADA.

MADRID

IV

LAS ALAS DEL ALMA.

I

Las campanas dolientes
Fúnebres suenan,
Esparciendo sus dobles
Honda tristeza,
Y en el hogar sin lumbre
De frío tiemblan
Los pobres lamentando
Su amarga pena,
Porque se ha muerto el ángel
De aquellas tierra
La madre que dió alivio
A su miseria.

II

A las puertas del templo
Van á ampararse
De la lluvia copiosa,
Tiernos rapaces,
Y, al llegar del trabajo
Su pobre padre,
Con su mano le obligan
Á arrodillarse;
Y con llanto en los ojos
Y tristes ayes
De sus labios ardiente
Súplica sale,
Por el alma bendita,
Que en este valle
De penas, fué con ellos
Piadosa madre.

III

Ya la ermita sagrada
Queda entre sombras
Y la Virgen no muestra
Su faz hermosa,
Y las rubias zagalas
Encantadoras
No rezaran la *Salve*
Y huirán medrosas,
Que á la mano que daba
Santa limosna
Para alumbrar la ermita,
Llama la fosa.

Ya se acerca nevada
La Noche-Buena
Y encontrará el soldado
Su casa abierta
Y llorando en la sombra
La madre tierna,
Que en tan sublime noche
No tiene cena,
Porque el alma bendita
Que se la diera,
Caminando á lagloria,
Deja la tierra.

V

Ya el peregrino errante
Vendrá cansado
Y dormirá su sueño
Bajo de un árbol,
Que la mujer que abría
Su hermoso manto,
Para acoger los seres
Desamparados,
Como niño que sueña,
Cruzó las manos
Y su espíritu dulce
Fuese volando.
—¡Ay del pueblo que deja!
Dicen los faltos
De la dicha, que al cielo
Torna, espirando.

VI

Y los hijos, que tierna
Llevó en su seno,
Escuchando estos ayes,
Cercan su féretro,
Y al compás del monótono
Chisporroteo
De las velas, que alumbran
Su cuerpo muerto,
De sus pechos exhalan
Tristes lamentos,
Y el ánima, que errante
Va por el viento
De estos ayes y súplicas
De amor inmenso
Arrebatada, sube
Y entra en los cielos.

FRANCISCO JIMÉNEZ CAMPAÑA

SECCION DOCTRINAL.

LA SENDA DEL CIELO.

(CONTINUACION.)

—No lo sé! respondió esta; solo hay un medio.. pero...

—Cual?

—Si encontrásemos quien nos hiciera un préstamo... ¡Oh! entonces estábamos salvados! Tomás pagaría... podríamos seguir en nuestra amada casita.... él volvería á labrar las tierras que hoy nos quitarán.... ya sabeis que es inteligente y laborioso, y en poco tiempo podría devolver la suma que nos prestasen, debiendo á quien tal hiciera la vida... mas que la vida, el bienestar de nuestros hijos, y la vuelta al buen camino de mi pobre esposo.

Miguel tendió una mirada en torno, y al ver á su familia pensó cuanto le haria sufrir el saber que era desgraciada: recordó y comprendió la amargura que debia experimentar Tomás, y sintió en su alma algo que hasta entonces no habia sentido.

Sus ojos se hallaron con los de María que parecian dirigirle una súplica, y luego con los de sus hijos que parecian pedirle misericordia para unas pobres niñas desamparadas.

—Y... sería menester mucho para eso? preguntó á Isabel, medio vacilando.

—Oh! sí; respondió esta, mucho, lo menos veinte mil reales!

—¡Mucho és, tienes razon! mis ahorros no alcanza á tanto! solo tengo diez mil que destinaba para comprar en el Agosto la casa en que vivimos, reuniendo á ellos todos los productos de la siega y de la cosecha! Yo te los hubiera entregado de buena voluntad, pero ya ves que no bastan.

—¡Hijos de mi alma! exclamó Isabel con una voz tan penetrante y dolorosa que hizo estremecer aquellos cuatro generosos corazones.

—Padre! murmuró el mayor de los hijos de Miguel, olvida V. que yo tengo trescientos duros guardados para ir reuniendo algo mas y poder casarme con la mujer que amo? De todos modos aun debo aguardar un año, y hasta entonces bien puede habernos pagado Tomás.

—Tambien yo poseo otro tanto, que guarda mi madre por si en Abril cayera soldado, dijo el otro de los jóvenes, y reuniéndolo todo podemos salvar á esos desgraciados.

—Y si te tocase la suerte! exclamó María alarmada, y sin poderse contenerse ante aquel pensamiento.

—Tranquilizese V. madre, hasta ese día ya nos habrá pagado Tomás, y hoy evitaremos su ruina y la ruina de sus hijos.

Miguel titubeaba un poco, el capital destinado para comprar la casa le era facil entregarlo, pero el reservado para la ventura de sus hijos era para él tan sagrado!

Al fin la natural bondad de su alma venció en aquella corta lucha, y con una generosidad sin ejemplo entregó el dinero á Isabel, dando gracias á Dios porque le daba los medios de ser útil á un desventurado.

Isabel voló á su casa loca de alegría: puso la suma en manos de su marido y este pagó religiosamente en aquel mismo día.

Por la noche fueron ambos á dar gracias á sus bienhechores y á mostrarles con las palabras mas afectuosas todo el bien que les habian hecho.

Tomás protestó enérgicamente su resolucion de mudar de vida, y aseguró que en breve, con una prudente economía y con una actividad incesante, pagaría el dinero recibido: quiso hacer un recibo en toda regla para mayor seguridad de Miguel, pero esto se aplazó para otro día, pues aquella noche estaban todos tan satisfechos que no se ocupaban sino de su alegría y de sus proyectos.

Por otra parte, en el leal y recto corazón de Miguel no cabia jamás la sospecha del mal, creia firmemente que una palabra empeñada valia mas que todas las escrituras del mundo, y se cuidó poco de aquel requisito.

Tomás por su parte cambió de vida efectivamente.

Se separó para siempre de sus antiguos amigos, no frecuentó mas sus reuniones, ni volvió á versele jugar nunca, trabajando con un afán que verdaderamente le honraba.

Solo notó Isabel un triste cambio en él, solo un dulce hábito no volvió á adquirir! el de ir con ella á misa todos los días festivos, y el de celebrar las fiestas religiosas como antes.

Para él no habia diferencia alguna; el domingo como los demás días los pasaba trabajando, sin cuidarse de Dios, padre dulce y misericordioso nuestro.

Ay! por desgracia Tomás al dejar un vicio habia caído en otro mayor, de holgazán y derrochador se habia convertido en impío y avaro.

Las amarguras sufridas, la miseria vislumbrada le habian hecho amar el dinero y hacer de él su Dios sobre la tierra.

Su afán era incesante, su anhelo adquirir solo.

Y en aquel deseo, y en este empeño, no dejaba un instante de reposo á la pobre Isabel y á las tristes niñas.

Todos trabajaban segun sus fuerzas, mas aun, desde la mañana á la noche, y así en breve empezaron á prosperar con una rapidez tanto mayor cuanto que Tomás no miraba los medios, solo pensaba en hacer dinero.

Así pasó algun tiempo y como era natural llegó el plazo en que Miguel debia reembolsarse de la suma prestada á aquel hombre.

Tomás la habia reunido, pero con el afán de hacer algunos empleos que le ofrecian grandes ganancias dilató el pago.

¡Le costaba tanto trabajo desprenderse de aquel dinero, que no podia resolverse á efectuarlo!

Por un lado el recuerdo de los tormentos que le habia hecho sufrir su antigua miseria, por otro el afán de atesorar algo para la vejez, como dicen todos los que empiezan á ser avaros y quieren justificar de algun modo su avaricia; por otro, en fin, y sobre todos, que Tomás habia perdido el instinto de la rectitud y la honradez que le adornaba en sus primeros años; ello fué, hijos míos, que empezó á rodar en su mente la idea de no pagar al generoso Miguel.

(Continuará.)

Enriqueta Lozano de Vilchez.

GRANADA:—Imp. de La Madre de Familia.